estaba allí, reflejándose en el marfil del piano, pero veladas, pero tristes... de repente oí vibrar clara, majestuosa, tranquila, la voz del sacerdote que decía:

« *Domine, non sum dignus*..... »

Y cerca de él había un lecho, pero casi pobre, y en la pieza había poca luz, y quién estaba allí, quién!..... ¡Oh! Dios mío, yo quise huir, pero la mano de Emilia me retenía, mis dedos seguían recorriendo el piano, y á veces me parecía que después de cada nota había otra fúnebre, lejana, moribunda, y mi nocturno tenía un eco en el campo santo.

Hasta que al fin Emilia me detuvo, diciéndome: Estás loco, ese piano se ríe de ti; lo que acabas de tocar no tiene sentido común.

Despidióse de mí diciendo: ellos pueden hacer entrar en su matrimonio todo el oro del mundo; nosotros haremos entrar en el nuestro toda la felicidad del cielo.....

Corrí á mi casa. Llegó á poco un parte telegráfico. Lo abrí temblando.... Decía así: « Acaba de recibir el viático nuestra pobre madre. Dicen los médicos que no hay esperanza. Ella desea á cada momento hablar contigo. — *Luisa.*

Yo parto, Félix, suplicándote lleves á Emilia la carta que incluyo, y que me escribas. Adiós. — *Antonio.*

V

Querido Antonio:

Sobre tu cartera, olvidada aquí, me permito intercalar, yo, Ricardo, estas mis recientes impresiones, mientras nos llega carta tuya, desde hace una semana esperada con ansiedad; me servirá eso de algún consuelo, pues Félix se ocupa en estudiar á Emilia, y no le he visto la cara en algunos días: se acicala ya como una damisela; dice, y no sin razón, que el médico debe empezar por agradar, y que él, ó cura á tu amada, ó te propinará un veneno para curarte. Ya sabes que Félix es un romántico extraviado en un anfiteatro de disecciones; es un poeta que en busca de los mundos se encontró con los átomos, y estudia con tanto ahinco las leyes que determinan los movimientos de rotación y de traslación de las moléculas en la sangre, como un astrónomo el porqué giran los satélites de Urano en sentido inverso. Ya le has oído decir que quiere ser el Copérnico de los infinitamente pequeños.

Pero en el estudio del corazón de la mujer, Félix tiene que estrellarse. Por más que se empeñe en probar cuán poco interesan los ojos azules de una hija de Eva, al que ha sorprendido en el vientre de un coléoptero, ese zafiro sombrío, como nunca lo hubo en la corona de los reyes, dice Michelet; ni el carmín de la boca de una costeña al que ha tenido bajo su lente una hoja de jacinto; ni

mujer alguna sobre la tierra al que ha sabido adorar el no más allá de la forma armoniosa y pura, como un verso de Virgilio, en la Venus de Milo; por más que en esto se empeñe, lo cierto es que el corazón de Félix es virgen aún de impresiones de amor, y yo tengo miedo del desequilibrio que existe entre esa cabeza de sabio y ese corazón de niño. Esto no quiere decir que se enamore de Emilia, porque eso sería un sacrilegio para él; pero van á casa de tu novia tan lindas muchachas...

¡ Ah ! estudiar á la mujer es el gran imposible en la vida; sería lo mismo analizar el dolor ó el placer, dos sensaciones que embargan nuestra inteligencia. Es un enigma junto al cual ha pasado el género humano á oscuras, y que ellas mismas no saben descifrar. Más vale por eso amarlas, amarlas á ellas con el amor sin límites con que se ama lo que no se alcanzará nunca sobre la tierra, y que tiene que ir más allá para perder su horizonte en los horizontes inconmensurables del cielo.

Yo, mi buen Antonio, casi empiezo á habituarme á ese dolor sordo que ocupa el fondo de mi vida moral. Sé bien que ella no me amará nunca... que tal vez ama á otro... Aquellas reflexiones de Félix sobre si porque amaba á ese otro, era ó no una mujer vulgar... ¿ qué me importan á mí ? ¿ pues qué, puede ser vulgar cuando es tan linda, cuando es tan buena ? No son estas las distinciones supremas de este mundo. Y luego, eso que Félix dice, se puede aplicar á una mujer; pero ella no es una mujer todavía; todavía su frente noble y pura no se desprende de los besos del cielo; aún no entra en ese eclipse dolororo que se llama la vida; es una estrella que viene por el rumbo del infinito, y tiene apenas su primer contacto con la penumbra.

Quieres que yo te cuente detalladamente lo que me pasa; eso, amigo mío, es sencillo y fastidioso como el relato de una pasión de colegial. Casi no me pasa nada. La veo una que otra vez, porque me lastima mirar sus preferencias á otras personas; pienso en ella constantemente y le hago sin cesar versos, que sin cesar consume el fuego. Me da miedo que ella los vea; hemos cantado muchas miserias y muchas vanidades los hijos de esta generación de lucha y odio, para que hayan perdido nuestras trovas el perfume mundano; las cuerdas de nuestra arpa han prestado su música sombría al *de profundis* de muchas ilusiones muertas, de muchas creencias perdidas, para acariciar el alma en botón de ese ensueño inmaculado de mi existencia; no, yo no la cantaré mientras no queden mis labios purificados como los del profeta, mientras de mi corazón redimido no pueda brotar el himno sublime de la esperanza y de la fé...

Sin embargo, alguna vez soy casi feliz, aunque quizá hay mucho de facticio en mi ventura. Me basta para ello un incidente cualquiera, una sombra esfuminada en el crépusculo; la estrella vespertina y debajo un segmento de la luna, semejantes á una hostia de fuego sobre un cáliz de oro la inmensidad de un ensueño en mi alma, y el ensueño de la inmensidad delante de mis ojos....

La noche del último miércoles pude contemplarla

algún tiempo. La tierra estaba llena de alegres rumores; chispeaban en el cielo las grandes constelaciones, anegadas en un océano de plata por la luna; debajo del divino Orión, Sirio, Júpiter y Canopus, parecían bosquejar una inmensa triangulación en ese espacio. Iluminada por aquella luz blanca y pura, envuelta en una chalina roja, irguiendo algunas veces su frente de reina, sobre la cual los rayos de la luna se convertían en besos ó apoyándo melancólicamente la barba en sus manecitas de ángel, parecíame dibujada con esos perfiles que surgen del infinito en nuestras horas de éxtasis; así son las mujeres con que soñamos; así cruzan por el horizonte de nuestra vida los seres que nos hacen amar y creer. ¡Ay! como si toda luz hubiera de producir una sombra, á su lado se apoyaba con íntima familiaridad el señor del cerebro negativo.

¿Qué debo pensar de esto? Y bien, la amo y la amaré á pesar de todo el mundo, á pesar de ella misma..... algún día..... ella me perdonará..... La noche la envolvió luego en sus velos negros. Hubiera dado mi vida por un solo rayo de sol; creía que aquello era una agonía; era una fuga de mi alma en plena vida; yo la quería detener, la quería pedir una mirada, una sola..... pero es cruel como un niño.

Félix llega con tus cartas...

* * *

Hermanos míos: más tranquilo ya, aunque más triste, mi primera carta es para ustedes; vuestras manos siempre han estado al alcance de las mías y nunca puede ser más dulce esta verdad que en la hora siniestra del naufragio en el mar de los grandes dolores.

Llegué á mi casa, estaba sola; atravesé el patio, subí.... nadie. Quise llamar á Luisa, pero mi voz fué rebelde. Veía yo con no sé qué infinita amargura aquellos muebles ya envejecidos, pero cada uno de los cuales estaba ligado con un recuerdo de mi infancia; en el fondo del comedor una puerta entornada por donde se escapaba cierto olor de cera encendida: creía percibir muy apagados, muy silenciosos, unos gemidos. Un desamparo frío y mudo reinaba en todas partes; los antiguos naranjos sacudían de vez en cuando su cabeza amarillenta, como si pensaran cosas tristes, y los jarros de barro colocados en la barandilla del comedor estaban secos; parecía que en largo tiempo no se les había puesto agua.....

Busqué dentro de mí mismo un resto de valor y marché de puntillas, teniendo miedo de turbar aquella calma lúgubre; empujé la puerta y entré: una vela amarilla cuya gran llama pálida rayada de negro por el pábilo carbonizado, estaba próxima á huir, ardía en aquella estancia sin alumbrarla. En el rincón opuesto, un lecho, bajo cuyas ropas se dibujaba débilmente un cuerpo humano. Luisa, de rodillas, escondiendo entre sus cabellos descompuestos que le caían sobre el rostro, las manos de la enferma, de nuestra madre; la pobre niña quería calentar aquellas manos con sus lágrimas y con sus besos.....

Estaban ¡ ay ! heladas para siempre. Me arrodillé en silencio junto de Luisa, y lloré también. Al oir aquel eco de sus sollozos, levantó la cabeza, y sin sorpresa, sin emoción, como si el dolor la hubiera hecho insensible á toda nueva impresión, me dijo en voz baja : Hace una hora... No pude más. Entró en mis entrañas la gran tristeza de que habla San Agustín y me arrojé sobre aquel cadáver... lo levanté en mis brazos, puse su cabeza sobre mi corazón, le besé en la boca, como si así pudiera infundirle aliento... y luego pegué mi frente contra la pared, llorando como un loco... No la había visto morir, no la había cuidado en sus últimos días, apenas le había escrito... era mi madre y había velado como un ángel sobre mi cuna, me había dado aquello de que tenía que privar á su hija... y la primera ganancia de mi trabajo había sido para el sepulcro de mis padres. La pobrecita me llamaría, llamaría al pobre huérfano que había recogido entre dos ataúdes, al adolescente que había sabido convertir en un hombre... y lo único que me había pedido en su vida de adoración por mí, era una pieza de música para cuando se acercara la muerte... y yo... yo estaba de rodillas ante una mujer que no me amaba.....

Porque Emilia no me ama, ¿ es verdad, hermanos míos ? algo me lo dice en mi corazón, ¿ será la voz de la muerte ?.....

Si Emilia me amara ¡ oh ! díganme ustedes si me ama ; dímelo, Félix, tú que lo sabes todo, ¿ se olvida de mí, llorará por mi pobre madre ?...

Luisa seguía llorando muy bajito... muy bajito... muy

en silencio, como si temiese despertar á su madre.....

Al cabo de cierto tiempo entraron algunas personas, eran el padre de Eduardo y dos ó tres de sus hijas que venían á acompañar á Luisa.

El buen señor me saludó afectuosamente, se arrodilló un momento, y oró. Luego dirigió á la huérfana algunas palabras trémulas de compasión y de ternura ; y limpiando una lágrima que corría por entre su barba cana, se retiró silenciosamente para que vistieran el cadáver ; yo le acompañé.

*
* *

Luisa, el padre de Eduardo y yo, compusimos todo el séquito de mi madre en su marcha para el Camposanto. El mar, un poco picado, lamía la playa con plañideros rumores ; los rayos del sol suspendido apenas sobre el horizonte, herían oblicuamente las olas, descomponiéndose en chispeantes cascadas de fuego, franjadas de blanquísima espuma. Las sombras de los conductores del ataúd y de nuestra carretela, se prolongaban sobre la arena barrida á intervalos por los primeros soplos del Norte. Los penachos de las palmeras se agitaban por momentos, y luego entraban en reposo exhalando tenues suspiros de dolor. Nos internamos un poco y llegamos al cementerio en cuya puerta, un poeta de ardiente inspiración ha escrito :

« *Postraos, aquí la eternidad empieza;*
Es polvo aquí la mundanal grandeza. »

Después de colocado el ataúd en su fosa, un sacerdote levantó al cielo sus plegarias por aquella santa que nos abandonaba para siempre. Algunas hojas secas de las que tapizaban el suelo, cayeron dentro el sepulcro antes del primer puñado de tierra. Después todo desapareció. Luisa y yo permanecimos de rodillas hasta el postrer instante; yo no podía contener mis lágrimas, ella no lloraba, sus ojos se fijaban obstinadamente en el suelo, como queriendo arrancar del seno de la tumba una última mirada de la que la dejaba sola y desamparada sobre el mundo. Comprendimos que quería desahogar aquel supremo dolor, hablando con la que había partido; era ese el instante de las promesas, el instante del diálogo entre los que han partido y los que quedan. Cuando se tiene el alma pura, Dios nos deja oír las respuestas de los muertos.

El padre de Eduardo y yo nos retiramos á la sombra de la capilla que ocupa el centro del cementerio.

— « Antonio, me dijo el anciano, dos ó tres días antes de morir la madre de usted, previendo el caso de que no viera á su hijo predilecto, quise saber su última voluntad, el postrer encargo para quien le debía la vida y la educación, para quien le debía sobre todo, muchos años de trabajo y de vigilia, una existencia entera de cuidados maternales... »

« La pobre anciana no pudo contestarme una sola palabra... Lloró en silencio algún tiempo, y luego, con la más conmovedora expresión de angustia que podía caber en ojos humanos, me señaló á Luisa, que arrodillada ante una imagen de la Virgen, rezaba en un rincón del cuarto... lo comprendí todo. Yo le traigo á usted, Antonio, esa última súplica de su madre moribunda; allí está á pocos pasos la tumba de los padres de usted; ellos se unirían á mí si pudieran levantarse del sepulcro, para recordarle este encargo sagrado de la que acaba de morir... »

« Allí está la pobre huérfana á quien usted prometió llamar esposa... vivir con usted, como su hermana, no podría, Antonio. Dios bendecirá esta unión hecha en medio de la desgracia; Dios y la mujer á quien después de él, debe usted más sobre la tierra. »

Yo no sabía qué responder; me figuraba ver las miradas de mi santa madre clavadas en mí... sabía que mis palabras iban á ser pesadas por el Dios de los buenos; me parecía que el viento se callaba; me parecía que se movían las tumbas; la esquila del campanario, movida por el viento, gemía sordamente... ¿qué hacer? Recordé á Emilia, recordé á aquel ángel caído, para quien mi amor era una redención: comprendí que ese amor es de los que viven eternamente, de los que ya nunca se borran del corazón... y habría querido morir...

Después de un rato de silencio doloroso, respondí: « Me es imposible, señor; juzgue usted de la pasión que me tortura el alma, por este sacrilegio de rechazar los ruegos de mi madre muerta. Luisa y yo seríamos muy infelices. »

Sin variar su afectuoso tono, el padre de Eduardo repuso:

— Pertenece usted, hijo mío, á una generación que proclama en todos los idiomas y en todos los templos el culto del amor... y la primera pasión sensual de esas que secan lentamente el corazón, de esas que queman uno á uno todos los perfumes sagrados de la juventud y la inteligencia, esa se llama amor; en ella se concentra la gran misión del hombre sobre la tierra, y por ella el joven se cree un sacerdote. No me interrumpa usted, Antonio, lo sé todo; sé quién es ella, y quería saber quién era usted. No me hable usted del espíritu, porque quien puede concebir un gran amor espiritual y santo, ese puede concebir que sobre todas esas grandes pasiones que convierten en lava nuestra sangre, hay algo mucho más grande, mucho más augusto: el deber.

Yo estaba anonadado; aquel anciano se convertía en mi juez, en mi acusador; su voz sonora y poderosa tenía una vibración particular en medio del camposanto, su espaciosa frente sobre la cual se arremolinaban largos rizos plateados, se erguía ante mi cobarde corazón, como si fuera la de un enviado de Dios... y sin embargo no tenía razón; mi amor por Emilia, era la comunión de dos almas... Como si respondiera á mi pensamiento el padre de Eduardo prosiguió:

— El cumplimiento del deber, ese es el verdadero culto de Dios; esa es nuestra verdadera misión; así, tal vez la unión del alma de usted con la de una linda persona no se realizará, pero se realizará la unión del alma con el Creador, en el sagrario de la conciencia...

Cómo ¿el amor del espíritu es el que le vuelve tus á ed

á vd.

un mal hijo? ¿ese amor que levanta el alma hasta el cielo, no le deja ver lo que tiene de goce profundo y puro, un sacrificio hecho en aras del recuerdo más santo de la vida, del recuerdo de una madre que había usted olvidado, y que ha muerto bendiciéndole?...

Está bien, Antonio; Dios quiere tal vez vedarle á usted un placer inefable, ignorado casi entre los que proclaman en verso y en prosa la religión del amor, el de la tranquilidad de la conciencia. Está bien, no insisto. Francamente el martirio de una huérfana loca de amor por usted, me ha hecho acaso traspasar los límites de mi encargo. Perdóneme, Antonio; es así mi temperamento, y sufro como una mujer ante un dolor ajeno; adiós, yo cuidaré de Luisa, y que el cielo nos proteja á todos.

— Tenga usted, señor, la bondad de hacer todos los preparativos para mi matrimonio con Luisa... le dije maquinalmente.

Iba á responder, cuando vimos venir á la huérfana hacia nosotros: no sé si había oído, ó si había adivinado.

Nos estrechó con un ademán de reconocimiento inmenso las manos á mi protector y á mí; después de una pausa forzada, porque apenas podía hablar, nos dijo: Acabo de hacer á mi madre una promesa, y un juramento á Dios; quiero noticiárselo, á ti que eres mi hermano, y á usted señor, que ha sido mi padre; mañana mismo empezaré mi noviciado en las Hermanas de la Caridad.

Guardamos profundo silencio los tres. Entré á la capilla como un demente, sin saber qué sentía yo, ni qué hacía.

Cuando salí, el anciano me dijo: vámonos, su resolución es irrevocable.

Un relámpago de alegría involuntaria cruzó por mis ojos.

¿Luisa lo vió? ¡quién sabe! pero el llanto comprimido en su corazón corrió á mares por sus mejillas pálidas y fatigadas. Adiós. — *Antonio.*

VI

Una larga y dolorosa calma, es el fondo de mi vida presente. No sé porqué, sintiendo que cada día amo más á Emilia, ya no me siento como en otro tiempo feliz; ya no tengo conciencia de mi ventura, ya no tengo fé en mi amor. Á fuerza de quererla con una pasión que crece por minutos como una corriente volcánica, me siento alejado de los demás; me siento capaz de odiar á los otros.

¡Ay! qué cierto es que en la copa de la vida sólo nos son dulces los bordes. ¿Será porque mientras mi amor tomaba las proporciones de una obra de redención, arrastraba yo al sacrificio, que sólo debió ser mío, á los seres que más sinceramente me amaban en esta vida? No sé, pero la expresión dolorosa del rostro de mi madre muerta se ha petrificado, por decirlo así, en mi

memoria y la sonrisa sublime de resignación y de tristeza de Luisa, cuando por última vez la ví vestida con el hábito humilde de las hijas de San Vicente; sus poéticos ojos velados por la sombra de su tocado blanco; su figura angelical en medio del Oratorio, rodeada de una multitud de niños arrodillados que tal vez no comprendían su oración, pero que sí se conmovían con sus lágrimas, se interponen á veces entre Emilia y yo, como una nube entre el hombre y el sol.

Algunas veces vagos temores que no me explico, restos quizá de mis horas de agonía cuando supe los amores de Carlos, se agitan y hierven en mi corazón. Pero soy injusto. — De este triste estado en que me encuentro tiene la culpa Félix; él me ha dicho que Emilia es una coqueta de la peor especie; porque no lo es por cálculo ni por vanidad, sino por temperamento.

Bien me había dicho Ricardo, que Félix nunca conocerá el corazón de una mujer. No está hecho para el amor; es demasiado sabio para eso. — Emilia se ha puesto furiosa contra él al saber su opinión: me dijo que quizás tenía razón; pero que se olvidó de averiguar si en una mujer como ella quería decir algo el temperamento, cuando hablaba el corazón.

Ese Félix es brutal; si lo que me dijo es cierto, si lo creía así, ¿por qué esa impiedad de desvanecer mis ilusiones, de manchar mis ensueños?... Confieso que sentí cierto placer cuando supe que iba á marchar á la campaña con el cuerpo médico.

— El único que podía venir á soñar conmigo, sería

Ricardo, pero nada sé de él. Sólo por una carta de Félix, fechada en Zacatecas, supe de unos versos suyos que han llenado de indignación al sabio. ¡ Pobre Ricardo ! debe sufrir mucho para escribir así. He aquí algunas de esas cuartetas dolorosas :

« Desdéñame, yo te amo, mi orgullo está vencido ;
Oye mi última súplica, y callaré después !
No quiero que me ames ; ay ! no, yo sólo pido
Besar arrodillado las huellas de tus pies.

Es cierto que es horrible sentir que se nos muere
El corazón, soñando con su imposible amor,
Pensar que son sus besos del hombre que prefiere
Que partirás con otro tus horas de dolor...

Pero no importa, deja que antes que sucumba
Contemple de tus ojos la luz crepuscular ;
Y tu mirada única recordaré en la tumba
Para alumbrar con ella mi triste eternidad. »

« Dí á Ricardo, me escribe Félix, que cuando se hacen versos semejantes no se inspira compasión, sino desprecio ; que está bueno que amen de ese modo las mujeres ó los menguados ; pero un hombre, jamás. — El orgullo en los tontos se llama vanidad ; pero en las personas de talento se llama dignidad. — Yo comprendo, añade, que se doble la frente, nunca la rodilla, ante una gran idea ó un gran sentimiento ; pero ante una chiquilla más ó menos casquivana, sólo porque tiene los ojos lindos y la boca risueña, eso se llama prostituir la poesía, que es un don admirable del cielo, y bajar al cieno nuestro espíritu que es la misteriosa predisposición del cerebro para reflejar á Dios. Cuando un poeta no puede cantar sino endechas cobardes, que cuelgue su lira hasta que haya aprendido en el trabajo y la desgracia á mirar el sol de frente como las águilas ; así habrá menos elegías, pero más inspiración. »

Estoy trabajando mucho. ¡ Qué dulce es la palabra « gloria », en la boca de Emilia ! Sí, la tendrá, y á mi primer corona de laurel, quedarán enlazados los azahares nupciales. Hacer una ópera ha sido el ensueño de toda mi vida ; dar forma á mis suspiros y á mis ideas, á mis sueños inquietos, á mis aspiraciones, á mis tristezas, anotar como un débil eco la voz de la naturaleza que se queja en los bosques y ríe en las fuentes, que ruge en los mares y besa en las brisas, sorprender algunos acordes modulados en el arpa misteriosa de la noche, articular alguna de esas palabras que vienen á veces de no sé qué horizontes perdidos, como si los ángeles al pasar por nuestra atmósfera impura dejaran caer sus ayes como notas en las almas y sus lágrimas como perlas en las flores.....

Y encerrado todo en los ritmos sublimes cantados por el amor en mi corazón ; en mi corazón que se exhala en una plegaria cuando estoy lejos de ella, ó se desborda en una aleluya gigante de pasión y de vida, cuando me da todos sus besos en una mirada y toda su alma en un beso.

Emilia y yo tuvimos al mismo tiempo la idea de que mi nueva ópera fuese la traducción musical de la trage-

dia divina de Shakespeare; *Romeo y Julieta*. Otros lo han intentado ya. Bellini ha derramado en esa copa de oro algunas de sus lágrimas melódicas y puras; pero la musa femenil del cantor de *Sonámbula* no pudo nunca asimilarse á la energía suprema de aquella pasión poética, ardiente, inquieta y loca como los quince años, sensual á un tiempo y dolorosa, perfumada con todos los perfumes de la vida y de la muerte, mezclando el olor de los blandones con el aroma de los limoneros en el retrete nupcial de Julieta, y embalsamando las brisas del cementerio con el aliento voluptuoso de la desposada, que busca sobre los labios de su amante el último soplo del amor.

El único poeta cuya tristeza es superior á la alegría de los otros, es Jeremías, que concentró en sus entrañas los lamentos de un pueblo entero, y que de dolor en dolor asciende sobre las multitudes humilladas, para percibir, como un eco de sus gemidos, la voz del porvenir.

Á Félix se le figura que los poetas dejan de ser hombres, y no ha visto en la fuente de todas las grandes revelaciones de la poesía, un dolor íntimo y desgarrador. Me sorprende sin embargo que hable del espíritu y de Dios.

***

Julieta (queriendo beber en la copa del tósigo) ¡Avaro! lo apuró todo... ¡nada me ha dejado! ni una gota siquiera de este licor amargo que debia ayudarme á salir de este mundo, (arrojándose sobre el cadáver de Romeo.) Besaré esta boca; quizá quede en ella un poco de veneno; lo recogeré y moriré feliz. ¡Qué calientes están tus labios!

***

Bello lugar de trabajo es este pueblecillo delicioso. Me encuentro rodeado de todo el boato de la primavera. Mi ventana, con su marco de enredaderas salpicada de campanillas azules y rojas, se abre sobre un panorama adorable. La luz se derrama por los bordes de la copa azul de las montañas, en cuyas cimas se cruzan las más caprichosas ondulaciones, y por cuya falda tiende su manto de colores la vegetación. Los ángeles sacuden su rubia cabellera en la llanura. Hacia el Oriente, por entre grandes sábanas de bruma, alza su pirámide de cristal el Popocatepetl, y en el profundo azul del cielo se bosquejan las rayas negras y fugaces que trazan en su vuelo las golondrinas.

Á Emilia le encanta la música inspirada por su recuerdo en medio de esta magnífica naturaleza, que se siente vivir en todas sus moléculas con la vida feliz del amor y de la juventud.

Por la noche, á veces acaricia mi frente un soplo tibio que viene de lo infinito y que me recuerda las caricias de mi pobre madre. Dejo entonces á mi piano exhalar de sus cuerdas una oración por la ausente, que poco á poco, y sin quererlo yo, se transforma en el quinto nocturno.

* * *

Obstáculos imprevistos, afanes que es necesario sentir para conocer, luchas con todos los que debían cantar, tocar, dirigir, arreglar la representación de mi ópera; de todo he salido triunfante. Emilia quería gloria mía, y la tendrá. Me siento un gigante. Nunca olvidaré que el padre de Eduardo puso á mi disposición todo el dinero que para llevar á cabo mi empresa he necesitado.

¡Dios lo bendiga!

* * *

Han causado gran sensación los anuncios. Los periódicos me profetizan la victoria. Emilia está radiante de alegría. Los cantantes han ensayado bastante bien. Veremos. Llevaré en mi cartera nota de mis impresiones.

Hoy es el gran día. Emilia ha estado arrebatadora conmigo. Ha llorado en mis brazos de pasión y de orgullo. Soy feliz. La noche se presenta muy bella. Habrá teatro lleno. Tendré que ponerme el frac por si me llaman á la escena; pero dirán que iba yo prevenido.... No le hace. Siento que la sangre me salta en el corazón por momentos, y otros parece que se paraliza la sangre en mis venas. Tengo vértigos. Estoy asustado, inquieto..... Este es un suplicio en el umbral del paraíso.

* * *

Se llenan los palcos. Hay mucha gente en el patio. Emilia está vestida de blanco con flores y adornos rojos. Una *toilette* rica y sencilla. Está divina. ¡Qué seno! ¡qué cuello! ¡qué boca de aurora y qué ojos de ángel! Todo el mundo se fija en ella. Estoy celoso, contento.

* * *

La obertura ha pasado entre el bullicio de los que toman asiento, de los que saludan, de los que se colocan cómodamente, de los que ven á los palcos. Me llega hasta los bastidores en que estoy oculto, un zumbido inmenso. Me tengo que apretar las sienes porque me parece que mi cráneo va á estallar. — Tiemblo como un niño. El telón.

* * *

Nadie ha oído sin duda el primer acto. Tengo rabia. La soprano está ronca. El barítono no sabe mover un dedo. El segundo acto levantará el ánimo de ese monstruo que se llama el público.

* * *

En mi casa solo sin poder llorar. Un pequeño aplauso á las bufonadas de Mercucio. ¡Y eso fué todo! ¡Y la

romanza de Julieta, y el duo divino del balcón, y el aria final! El aria final no se oyó, porque estaba el teatro vacío. Algunos fueron á consolarme al foro. Y yo casi sonreí. Agonizaba. Un maestro afamado me dijo, que yo había hecho una enorme paráfrasis del quinto nocturno de Leybach. ¿Será cierto? Es extraño.

Tuve valor para ofrecer mi brazo á Emilia. Se apoyó en él convulsamente. Sus palabras iban á ser un bálsamo para mi incurable herida:

— Me ha puesto usted en ridículo, me dijo.

VII

Tengo horas alegres en medio de mi existencia de desencanto y de tedio. Esas horas que llamo alegres, porque no encuentro otra palabra con que calificarlas, son aquellas en que siento elevarse en toda su majestad la conciencia de mi dignidad de hombre, por sobre mi corazón, como una de esas augustas estatuas antiguas que se levantan sobre un sepulcro. En esos instantes siento la fuerza de analizarme, de disecarme, y encuentro que mi amor, fé y religión de mi juventud, ha muerto, pero con el noble continente de los gladiadores en el coliseo. De todos mis pensamientos saco esta consecuencia: hice bien.

Ahora que todo ha pasado para siempre, recuerdo, con cierta especie de complacencia dolorosa, cada uno de los incidentes de este largo sueño de mi entendimiento ahogado por el torrente de pasión que pugnaba por

desbordarse en lo íntimo de mi naturaleza. Decía bien Félix.

Si yo pudiera dormir, sería dichoso. El opio hizo al principio algún efecto sobre mí, pero hoy necesito enormes cantidades para dormitar algunos minutos. Antes cuando soñaba con ella todas las noches, no dormía tampoco. La actividad de mi amor tomaba proporciones inmensas durante mi insomnio; pero era feliz. Vivía toda mi vida en algunos meses de fiebre. Sabía que estaba mortalmente herido en las arterias de mi corazón; y la aneurisma, que llamaba en mi delirio: nuestra hija primogénita, me sonreía como una virgen pálida, herida en el seno por uno de los punzones de oro de Emilia.

Siento como van gradualmente hinchándose las membranas parietales de la aorta; siento el golpe de la ola de sangre; cuando me agito un poco me viene una poca á los labios, tengo ganas de gritar para respirar y me parece que Dios hace en mi derredor el vacío material como hizo ya el vacío moral; pero pasa la sofocación, y me encuentro casi bien, á fuerza de serme todo indiferente.

No me gusta esta vegetación de la tierra caliente tan exuberante, tan enmarañada, tan llena de perfumes que enervan y de emanaciones que matan.

Prefiero las montañas azules del Valle de México con sus aristas armoniosas destacándose en el cielo, envueltas en un ambiente purísimo y mostrando su musculatura robusta y graciosa, apenas vestida con una túnica abigarrada como la saya de una india.